

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.



Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Leyendas Bíblicas: La Tierra de Promision, por doña Micaela de Silva.—El Angel del Consuelo [poesia], por doña Narcisa P. Reoyo y Soto.—Las dos Soberanas, por doña Enriqueta Madoz de Aliana.—Las Orugas, por doña Camila Avilés.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: La Tierra de Promision.—Punto de aguja.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA CONFIANZA.



I hasta en el trato social influye poderosamente la confianza ó desconfianza que media entre las personas, este influjo es aun mas poderoso en la familia, y especialmente entre madre é hija.

Así como la desconfianza puede ser origen de infinitos males, la confianza lo es de bienes, porque es una preciosa cualidad que importa siempre para el bien de la educacion, y es sobre todo necesaria en la adolescencia, que liga los hábitos instintivos de la infancia á los de la juventud, ya marcados con un cierto carácter de decision personal.

En la edad de la adolescencia la jóven debe aprender mucho, entregándose con una confianza sin límites á la direccion de su madre; así que cuando esta confianza falta, la educacion, la instruccion, las costumbres, todo se resiente, y la juventud se resiente tambien de las injusticias de la adolescencia, y se lamentará de faltas que no será fácil remediar. Menos ilustrada, querrá decidir por sí misma en las ocasiones en que ha debido tener otra guia y no la ha tenido.

La jóven que posea la virtud de la confianza filial, y se muestre al mismo tiempo á todo el mundo confiada sin credulidad, experimentará ella misma benéficos resultados.

La confianza hace la inteligencia mas activa, y la discípula obtiene mas progresos en sus estudios por la facilidad y el ardor que emplea en su trabajo. Además, como su madre arregla el método que debe

2.^a ÉPOCA.

seguir, le observa sin objecion y sin escrúpulos, porque el impulso viene de una mano tan querida.

La confianza abre y dilata el corazon. Así dá siempre paso á todas las cualidades generosas que la desconfianza comprime, que ahoga en un círculo estrecho. El desenvolvimiento del carácter se hace con facilidad, con ventura, como crece y medra la planta que ha recibido el aire y el sol, que se la cultiva con esmero.

En fin, y esto es una consecuencia de la observacion precedente, la confianza hace á la jóven, á la discípula, amable, y le atrae la simpatía de los demas, porque todo lo que es generoso y noble tiene atraccion.

Cualidad activa la confianza, y toda de expansion, busca en los corazones un tributo de afecto, que obtiene fácilmente. Es necesario, sin duda, que la prudencia la contenga en ciertos límites, porque solo para con su madre debe ser la jóven confiada sin reserva, pues la madre es la mejor amiga, y no hay confianza de la que llegue á abusar: el bien y la felicidad de su hija es el suyo, y si se la confían temores ó peligros, ella se apresurará á conjurarlos con mas interés que si fueran propios. Pero aun limitada y reglada la confianza para con los demas, es la mas sociable y la mas fecunda de las cualidades, por lo que tiene de noble y de generosa.

La jóven que nada tiene de qué avergonzarse, que puede llevar muy erguida su frente, que su conciencia está, no solo tranquila, sino satisfecha, ¿qué inconvenientes tiene para no confiar en sí misma? ¿Por qué ha de desconfiar de los demas no teniendo un motivo justo y razonable?

Es muy comun en la sociedad formar juicios por apariencias ó por chismes, á los que en seguida dá crédito la persona desconfiada, porque tiene una tendencia marcada á desconfiar de todo; pero no serán tan fácilmente admitidos de la que fundándose en su propia conducta, y atesorando virtudes, tenga la debida confianza, ó sea confiada, para no formar juicios,

erróneos, la mayor parte de las veces, y en los que suele estribar la reputacion y la felicidad de toda una familia.

Entre la desconfianza que puede causar perjuicios, y la confianza que puede engañarle á uno mismo, es preferible la segunda. Debemos advertir, sin embargo, siguiendo una opinion respetable, y no dudosa por ser de mujer, que la confianza entre las mujeres debe ser restringida, porque la mas prudente suele estar siempre dispuesta á hacer traicion á su amiga á poco que su amor propio se vea comprometido.

Pero esto lo aprende la hija de la madre, en cuya esperiencia debe confiar completamente, para saber con quienes debe tener mas ó menos confianza, pues nunca una niña puede ser juez en estos asuntos, y ni aun de jóven es competente, porque suele escoger las amistades mas por el afecto, aunque no tenga razon que lo justifique, que por la conveniencia; sin que se crea por esto que pretendemos que esta conveniencia sea hija de un interés bastardo, lejos de nosotros tal idea. Nadie debe tener más escrúpulos en la eleccion de amigas que las jóvenes, por lo mismo que en ellas confian, y por eso deben ser dignas de esa confianza, prenda de cariño á la que no se puede faltar sin hacer traicion á la amistad, ese sentimiento tan puro del corazon.

A. PIRALA.

LEYENDAS BÍBLICAS.

LA TIERRA DE PROMISION.

Después de caminar treinta y nueve años al través de los desiertos y montañas, sufriendo mil penalidades y privaciones, arrostrando mil peligros, soportando las contradicciones, los trabajos y contratiempos, venciendo las mayores dificultades, y obrando multitud de prodigios á vista de su pueblo, cuando ya casi tocaba, por decirlo así, el anhelado término de su viaje, afligió á Moisés uno de los mas graves siniestros que sufrió Israel á causa de sus pecados y rebeldía.

El consejo de Balaam, como sugerido por el espíritu de las tinieblas, debia producir y produjo efectos desastrosos.

—No enviéis al campo enemigo varones fuertes y ávezados á la guerra, dijo el falso adivino á Balaac y los suyos. Enviadles mujeres adiestradas en el arte de seducir, y vereis como ellas hacen mas daño al enemigo que vuestros caballos y máquinas de guer-

ra. Al pueblo de Dios no se le puede vencer sino haciéndole pecar.

En consecuencia bajaron á la campiña de Moab, donde acampaban los israelitas, multitud de mujeres idólatras, y por consiguiente desprovistas de virtudes, y sin defensa contra el vicio; estas mujeres, jóvenes y hermosas, tentaron á los hijos de Israel, y trás los ilícitos amores vinieron los demas pecados que sirven de acompañamiento á la impureza; pecados que llegaron á ser tan horribles como lo son la blasfemia, el sacrilegio y la idolatría.

¿Cómo abrigándose tales mónstruos en el campamento de Israel, no habian de acudir á diezmarle las plagas que Dios envia por castigo? Imposible. Así fué que la peste invadió las filas, apoderóse de las tiendas, y veinte y cuatro mil hombres perecieron en breves horas.

Lloraban las hijas de Israel cerca de la entrada del Tabernáculo, y allí mismo, á vista del lugar santo, abandonóse un israelita llamado Zambor á punibles excesos y torpes idolatrías por complacer á la hija del príncipe de Moab. Vió esto Phinéas, hijo del Sumo Sacerdote, y ardiendo en santa indignacion y celo por la honra de Dios, avalanzóse á los sacrilegos, y les hizo pagar con la vida el ultraje inferido á la casa de oracion. Este acto de justicia aplacó las iras del Angel de las venganzas, y envainó su acero invisible. La peste cesó desde aquel dia.

Estas mortandades y los naturales efectos que producen los años, habian ido mermando cada dia el número de los hombres que salieron del Egipto; morian los ancianos, y nuevas generaciones los reemplazaban, de modo que al hacer en la campiña de Moab el censo de los israelitas para el reparto de la tierra prometida, vióse cumplida la sentencia (1) que pronunció el Señor en el desierto de Sin, ó Cadés; todos habian muerto en la peregrinacion. De los hombres inscritos en las listas que se formaron junto al Sinaí, solo habian sobrevivido al hermano de Moisés, Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jephone.

¡Ay, pensaria el caudillo de Israel, tambien sobre mí vendrá la muerte antes de que pise la tierra de mis padres; ofendí al Señor en las aguas de la contradiccion, y el Señor me dijo lo mismo que á Aaron: —« Por cuanto no me habeis creído para santificarme á vista de los hijos de Israel, no introducireis á estos pueblos en la tierra que les daré. »

Y entonces oró Moisés, rogando al Señor que le permitiera introducir á los hijos de Israel en la Tierra de Promision; pero el Señor, en sus altos designios, habia determinado que Josué, ó Jesus, hijo

(1) En esta sentencia no fueron comprendidos los levitas ó sacerdotes.

de Nun, fuera en la ley antigua el representante del que vino despues á franquear á los hombres las puertas del cielo. Ni Moisés, que representa la ley, ni María, que representaba los profetas, ni Aaron, que representaba el sacerdocio, fueron de tal virtud, que pudieran introducir al pueblo en la Tierra de Promision. Los tres durmieron con sus padres el sueño de una santa muerte, hasta que sus almas fueron llevadas al cielo por el Salvador, cuyo santo advenimiento aguardaban en el Limbo. Así nos lo enseña la fé cristiana.

Al ruego de Moisés, contestó el Señor diciendo: —Sube á la cima del Phasga, vuelve los ojos al Ocaso y al Septentrion, al Mediodía y al Oriente; registra el pais con la mirada, porque no atravesarás el Jordán; instruye á Josué, alienta su ánimo, porque irá él delante de ese pueblo y le repartirá la tierra que has de ver.

Al oir esto, Moisés cuya voluntad se hallaba en todo sumisa y obediente á la de Dios, acató los designios de la Providencia, y preparóse á cumplir sus últimos deberes.

Entonces escribió la quinta parte del Pentateuco, libro inmortal que consta de otros cinco, llamados el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio; en éste recopiló Moisés la historia del pueblo judío, hasta que llegó al término de su peregrinacion, ó por lo menos á vista del territorio que habia de poseer. Llamóse á este libro la segunda ley, porque se hizo en él una segunda promulgacion de la ley revelada en las alturas del Sinaí; por eso este libro se colocó junto al Arca del Testamento, como nuevo testimonio de la alianza, y fué grabado sobre piedra. Léase á los Reyes cuando entraban en posesion de la corona, y al pueblo todo cada siete años, para que se mantuviera viva la memoria y observancia de los divinos Mandamientos; en él promete Moisés, en nombre del Señor, las bendiciones del cielo á cuantos obedezcan su ley, y amenaza con terribles castigos á los transgresores. En ese libro profetiza el Enviado la venida de otro profeta mayor; al través de las sombras y figuras se divisa la gloria de Jesucristo, de suerte que al hablar con el pueblo de la sinagoga, parece dirigirse al pueblo cristiano, y con nosotros hablan tambien sus promesas y amenazas.

Celoso por la gloria de Dios y el bien de su pueblo, instruyó á Josué, comunicándole los que á él mismo le habia comunicado la luz del cielo, tesoros de inteligencia en el arte de gobernar á los pueblos,

arte difícilísimo hasta el dia de hoy, pero que ya se juzga tan fácil, que apenas se hallarán hombres que no se crean aptos para imponer sus leyes á los demas.

Para dar á reconocer á Josué, como jefe y cabeza de Israel, congregó el caudillo á las tribus hebreas en las llanuras de Moab, y allí en presencia de todos, extendió las manos sobre su cabeza, y le bendijo; entonó despues con voz firme y sonora el cántico parenetico, que viene á ser un sumario de la Ley y los motivos de su observancia.

El pueblo escuchaba en silencio la voz de aquel venerable centenario, que llevada en las alas del viento, resonaba clara y distintamente á gran distancia; sus palabras, llenas de unción, penetraban en aquellos duros corazones, ablandándolos por el momento; así es que al concluir la última estrofa y levantar las manos al cielo para implorar sus misericordias en favor de los que iban á recibir su bendición prostrera, todos cayeron de rodillas, y mas de de una lágrima brilló sobre las tostadas mejillas de sus oyentes.

Cumplidos los deberes de enviado, profeta, caudillo, legislador y maestro, despidióse Moisés de los suyos, y con paso firme subió á la cumbre del Phasga, en el monte Nebo, tendió las miradas hácia los cuatro puntos cardinales, y mostróle allí el Señor la tierra de Galaad hasta Dan, la de Nephthali, Efraim y Manases, la estendida tierra de Judá, que tenia por confin el



La Tierra de Promision.

Mediterráneo.

Vió tambien el espacioso campo de Jerichó, ciudad de las palmas, hasta Segor.

Vió por fin la deseada tierra de Canáan, abundosa en leche, miel y vino, pues allí fué donde los exploradores cogieron el racimo que dió nombre al torrente, cuya espuma regó la vid que le sustentaba, racimo que fué, allá en el desierto de Sin, admiracion de los peregrinos de Israel.

Entonces, Moisés bendijo al Señor que con tanta fidelidad cumple sus palabras, y fiado en la de su eterna bienaventuranza, cerró los ojos á la luz del mundo, y sin que precediera enfermedad ni agonía, bajó al sepulcro ignorado en que los ángeles, y no los hombres, depositaron las cenizas del Profeta mayor que conocieron los siglos antes y despues del nacimiento de Jesucristo.

Y Josué, hijo de Nun, fué lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés puso sobre él sus manos, y le obedecieron los hijos de Israel. Mas no volvió á levantarse entre los Profetas otra que, como Moisés,

obrar tales maravillas y portentos á vista de todo el pueblo de Jacob.

Así murió el Profeta querido del Altísimo, el hombre admirable que reverenciamos como al primero de los bienhechores de la sociedad humana; el que (después de Jesucristo) tiene solo derecho á ser considerado como el civilizador del mundo, pues la verdadera civilización del hombre consiste más que en nada, en conocer á Dios, y él fué quien le dió á conocer á todas las naciones de la tierra, enseñándolas el modo de servirle y honrarle, cumpliendo sus Mandamientos, en los cuales se compendian todos los deberes, todas las virtudes, todas las felicidades que podemos alcanzar en el mundo, y que nos han de guiar á la verdadera Tierra de Promisión.

MICAELA DE SILVA.

EL ÁNGEL DEL CONSUELO.

I.

ÁNGEL.

¿Ante esa tumba, niño, prosternado
Por qué tu rostro en lágrimas se anega?

NIÑO.

Lloro sin que consuelo halle mi llanto,
De mis padres tiernísimos la pérdida.
Huérfano, solo, triste, sin amparo,
Quién guiará mi débil existencia!

ÁNGEL.

Tú, que en la aurora de la vida sufres
Tan amargo dolor, tan honda pena,
Por ellos ruega á Dios, y enjuga el lloro,
Que el cielo velará por tu inocencia.

II.

ÁNGEL.

¿Por qué yaces postrado ante esa tumba,
Y el llanto, jóven, tu semblante huella?

JÓVEN.

Lloro la prenda de mi amor perdida,
A la mujer á quien adoro, muerta:
A la sencilla amiga y virtuosa
De mi vida la dulce compañera.

Robóme ¡ay Dios! la parca despiadada
A la esposa sensible y madre tierna,
Dejándome sumido con su muerte
En la angustia, el dolor y la tristeza.

ÁNGEL.

Ruega por ella á Dios, y resignado
El alma al cielo con fervor eleva,
Que el Hacedor benéfico y clemente
Velará por tu mísera existencia.

III.

ÁNGEL.

¿Por qué yaces de hinojos, pobre anciano,
Sobre esa tumba que tu llanto riega?

ANCIANO.

De mi hija lloro la temprana muerte,
Lloro del alma la perdida prenda:
Lloro ¡ay! al Ángel que la parca impía
Me arrebató en su dulce primavera,
Y al evocar mi mente su recuerdo
Jamás alivio encontrarán mis penas.
Era un Ángel: la vida sonreía
A la niña inocente y hechicera:
Yo la adoraba con cariño tanto,
Con tan intenso amor, con fé tan ciega,
Que por un día de su vida solo
Gustoso toda mi existencia diera.
¿Qué será de mi vida, Dios del cielo,
Si me falta la luz faltándome ella!

ÁNGEL.

Tú, que tanto sufriste, pobre anciano,
De la vida infeliz en la carrera,
Y entre tanta aflicción y desventura
A Dios el alma con fervor elevas,
Ven á gozar de tu virtud el premio
Con que Dios á los buenos recompensa,
Y con los seres á quien tanto amaste
Ven á morar en la mansión eterna.

É inclinándose el Ángel, y al anciano
Asiendo dulcemente por la diestra,
Unidos en el éter se elevaron
Y se perdieron en la azul esfera.

NARCISA P. REYO Y SOTO.

LAS DOS SOBERANAS.

Cuéntase que al comenzar el presente siglo, llegaron un día ante la Justicia dos jóvenes que iban con el objeto de saber cuál de ellas tenía mas derecho á ser aclamada como reina de las almas nobles, y protectora de los desvalidos.

Ambas eran bellas, y tan semejantes entre sí, que las personas poco observadoras las confundían, y acaso no hubieran sabido distinguirlas. Sin embargo, miradas con detenimiento se advertía que mediaba entre ellas bastante diferencia, principalmente en el aire, siendo tímido y modesto el de la una, y arrogante y altivo el de la otra. Vestía la primera una larga túnica de humilde lana, mas blanca que la nieve; de igual género y color era el prolongado manto que velaba sus gallardas formas, cubriendo también su graciosa cabeza, en la que no aparecía ni el menor adorno.

La única insignia que ostentaba cual magnífica joya, era una gran cruz de madera, que oprimía con su diestro brazo y sostenía en su hombro.

La segunda vestía de un modo enteramente distinto; su traje era de tisú de oro, su manto de escarlata forrado de piel de armiño, y en sus brazos, cuello y cabeza, ostentaba las mas deslumbrantes joyas. En las manos llevaba una trompeta de plata, con la cual solía anunciar su presencia por todas partes.

El nombre de la primera era Caridad, el de la segunda Beneficencia. Ambas llegaban conducidas por la Verdad.

La Verdad es una hermosa y digna matrona que bajó del cielo y vive entre los hombres, por mas que lo contrario se diga, y que donde quiera es contemplada con respeto, aun por aquellos que mas afectan despreciarla.

Ésta, encargada de hacer valer los derechos de las jóvenes, dijo apenas se halló en presencia de la Justicia.

—Hé aquí, noble, severa y poderosa deidad; hé aquí dos hermosas doncellas, una de las cuales está llamada á reinar entre las almas nobles en el siglo presente. Si tan bellas, si tan dignas son ambas ¿á cuál deberemos elegir?

Inclinóse la Justicia á contemplarlas y dijo, hallando que en efecto tan gallarda y apacible era la una como la otra:

—No solo su presencia debe cautivarnos; sepamos cuáles son sus obras; ellas nos decidirán, y nuestra eleccion será justa.

Acércate, casta y modesta Caridad, ¿cuál es tu misión en la tierra? ¿cuáles son tus acciones?

Aproximóse la Caridad con lento paso, alzó la frente, mas inclinóla de nuevo ruborizada; abrió sus

labios para hablar, pero contemplando que tenía que hacer la apología de sí misma, heláronse sus palabras y enmudeció. Acostumbrada la Caridad á ocuparse solo del bien de los demas, pocas veces ó nunca lo hace de sí misma; uno de los encantos que mas la avaloran es la modestia.

Habló entonces la Verdad por ella, exclamando con su seguro acento:

—Esta hermosa doncella ejerce las obras de misericordia, favorece sin cesar á los infelices, y lo hace de tal modo, que su mano siniestra ignora los beneficios que fecunda y pródiga derrama su diestra. Además ni se ensoberbece ni piensa mal del prójimo: á los presentes halaga, defiende á los ausentes. En ella se vé la cifra de todas las virtudes, y para comprender lo que es, basta decir que descendió del cielo, que de Dios emana, y que Dios mismo es caridad.

La Justicia contempló con benévola sonrisa á la tímida jóven, dirigiendo á continuación una mirada á la Beneficencia, como estimulándola á que hablase. Ésta no aguardó á que la Verdad lo hiciese por ella: acercóse firme y magestuosa, exclamando con acento seguro.

—Augusta matrona, mis hechos deben serte bien conocidos, puesto que la fama los publica por todo el orbe; mas si deseas que te los repita, diré que practico las mismas obras que la Caridad, y que voy mas adelante, pues busco sin cesar medios para que nunca falten auxilios á los necesitados. Al sonido de esta mágica bocina convoco á los mas nobles seres, que guiados por mí se levantan y hacen frente á cuantas desgracias se presentan, ahuyentando sin cesar la desnudez y el hambre de la mansion de los menesterosos. ¿Qué mas se puede hacer en el mundo?

Absorta y muda quedó la Justicia, mas en breve murmuró atrayendo hácia sí á las dos contendientes.

—Aun me queda otro recurso para conocer cuál de vosotras es mas digna.

Diciendo así tocólas con su vara, adquiriendo momentáneamente el pecho de las dos tal transparencia que en el centro distinguíanse sus corazones tan patentemente como pudiera verse una flor dentro del mas terso y limpio vaso de cristal.

El corazón de la Caridad era de oro coronado de llamas, y en él aparecía grabada con caracteres de fuego esta palabra: *Amor*.

El de la Beneficencia era de hierro, y decía con letras de bronce: *Orgullo*.

—¿Y pude, exclamó la Justicia, y pude dudar entre las dos? Ven, Caridad, casta doncella, hija del Cielo, ven á mi diestra; ven, que tú, sola tú que todo lo haces inspirada por la llama del mas puro amor, eres la que debe reinar en la tierra. ¿Qué te detiene? Tus derechos son indisputables, y al punto

serás proclamada por la Verdad y por mí reina del mundo.

La Caridad sintió subir á su semblante, que se coloró instantáneamente, una chispa del fuego divino que ardía en su corazón: sus ojos brillaron de un modo extraordinario: con un movimiento, que no fué dueña de reprimir, arrodillóse ante la Justicia, y abandonando su natural timidez exclamó con palabras tanto mas vehementes cuanto menos premeditadas eran.

—¡Oh, suprema deidad! ¡oh, soberana matrona! ¿Qué dices? ¿Qué ordenas? Revoca, revoca tu mandato en bien de la humanidad! Cada siglo tiene sus tendencias y sus aspiraciones: en el que hoy comienza se alzarán el lujo triunfante y respetado, se deseará en todas las cosas deslumbradoras apariencias, y con estas ideas ¿cómo mi voz podrá ser atendida? ¿cómo será posible afirmar mi reinado? Los que cedan á la influencia de su tiempo me contemplarán con soberbio desden: acaso hasta los mas sensatos y buenos no podrán menos de calificar mi humilde apariencia y modesto atavío como de anacronismo: los mismos necesitados no escucharán mi voz ni recibirán mis dones con el afecto y entusiasmo que si me presentase á ellos vestida de oro y cubierta de diamantes. Revoca, pues, oh Justicia, tu decreto: entre la Beneficencia á reinar en mi lugar; ella sabrá mejor que yo responder á las inclinaciones del siglo, y esparcir beneficios segun las exigencias de la época. Si mis consejos necesita, yo la inspiraré en secreto; si desea ir por mí autorizada, le prestaré mi manto.

Diciendo así desciñóse la casta jóven, colocándolo en los hombros de la Beneficencia, que apareció mucho mas hermosa bajo aquel cándido y misterioso velo.

—Pues tú lo quieres, sea, oh dulce, oh tímida vírgen, hija del cielo, murmuró la Justicia.

Y fué en efecto. La Beneficencia reina desde entonces en el mundo; aunque adornada de brillantes joyas preséntase siempre cubierta con el manto de la Caridad. Siguiendo en todo la marcha del siglo, anuncia y publica sus obras á són de trompeta, convoca reuniones, crea juntas y sociedades en bien del desvalido, pregoná certámenes para premiar acciones virtuosas, y cediendo á las generales exigencias, alista bajo espléndido y lujoso estandarte á todo el que desea ejercitar las obras de misericordia, haciendo patentes sus nombres para estimular á los demás. Sagaz é ingeniosa atrae á su rededor á las distinguidas y bellas damas, aprovechando en bien de los pobres, tanto los nobles y generosos sentimientos, ó la ternura y compasión de unas, como la nécia vanidad que mueve á otras. Ella comprende que estas distintas aspiraciones, estas encontradas ideas, pueden ofrecer el mismo resultado, y no las desatiende; las

acata puesto que redundan en beneficio de los menesterosos. Véase, en fin, que á pesar del culto que sin cesar rinde al lujo, y de su constante anhelo de mostrar deslumbradoras apariencias, como su tema es el bien, todas sus acciones son siempre nobles y buenas. Por ella reinan el aseo, la abundancia, y aun las mas esquisitas comodidades en esas espaciosas mansiones donde el huérfano desvalido y el enfermo necesitado hallan apacible acogida. Bajo su influencia preséntase pocas veces en toda su descarnada desnudez la miseria en la choza del mendigo; ella sabe rechazarla, al mismo tiempo que se halla dispuesta siempre á hacer frente y vencer á la multitud de calamidades que las epidemias, el hambre ó las guerras pueden lanzar sobre los desdichados pueblos.

La Caridad entretanto no ha huido de la tierra; pero lejos del tumulto del gran mundo se complace en buscar su morada en los corazones mas humildes y sencillos, desde donde admira y bendice á la Beneficencia, alentándola á veces en sus obras, muchas de las cuales son debidas á sus santas inspiraciones.

ENRIQUETA MADDOZ DE ALIANA.

LAS ORUGAS.

El general X. posee una hermosa quinta en los alrededores de Madrid. En ella fué á pasar unos días su nieta Mercedes.

Una mañana vió la niña prendido en el árbol un hermoso albaricoque, y quiso llevárselo á su abuelita; cogióle muy ufana, y apenas le tuvo en la mano volvióle á soltar, pegando tal respingo y tal chillido, que alborotó al pobre jardinero.

Era éste un buen hombre, que la quería como saben querer los buenos militares á los hijos de sus jefes.

Manolo, antes de ser jardinero, habia sido asistente del general, con él habia visto y aprendido muchas cosas, y á su vez enseñábaselas á los niños, y sobre todo á su Elenita.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido? preguntóla el buen hombre azorado.

La niña por toda respuesta tendió el índice señalando á una oruga que se paseaba muy campante por encima del albaricoque. El contacto de aquel bicho asqueroso habia sido la causa del susto y de los gritos de la niña.

—Vaya! vaya! exclamó el antiguo militar soltando el trapo á reír; si hubieras visto como yo las serpientes de cascabel, ó los cocodrilos de América, no

chillarías por causa de una pobre oruga ! Las orugas no son malas , tontina !

—Pero son muy feas ! exclamó la chiquitilla encogiendo la boca y las narices con un gesto de repugnancia.

—Con qué son feas?... Tú lo dirás ! repuso el jardinero ; por fuerza no has mirado bien ! Vamos á ver. ¿ Qué tienen de feas ? y si no mira , mira esta que maja está con su túnica verde , salpicada de oro , y su diadema de perlas en la cabeza. Solo Dios puede hacer tales cosas !

—Calle ! pues es verdad ! exclamó Elena estirando el pescuezo y echando el cuerpo y las manos hácia atrás.

Entretanto la oruga , sin hacer caso de los que la miraban , seguía paseando lentamente por encima del aterciopelado albaricoque , como se pasea una reina por encima de sus alfombras de moqueta.

—Miren qué lástima de bicho ! exclamó Elena con amarga ironía. Cómo se come la fruta sin pedir licencia !

—Pierde cuidado , chiquita , no se comerá el albaricoque , no lo creas ; las orugas prefieren á la fruta los botoncitos y las flores , de modo que á veces destruyen la cosecha y hasta los árboles.

—Y luego dices que no son malas !

—¡ Ya se vé que lo digo ! para ser malo es preciso tener mala intencion , y las orugas no la tienen , buscan su alimento y nada mas ; pero como si ellas se comen los botones nosotros no podremos comer la fruta , nos aprovechamos de la fuerza y las matamos. Si en eso hay abuso , no son las orugas por cierto las que le cometen !

—Entonces el abuso es nuestro ? ¿ Es pecado matarlas ?

—Pecado ! ¡ Mal de mí si lo fuera ! digo ! si las habré matado á millares , y eso que no las tengo mala voluntad. ¡ Pobrecitas ! son tan humildes y trabajadoras !

—Trabajadoras las orugas ! pues en qué trabajan ?

—Son hilanderas. ¿ No lo sabías ?

—Yo , no por cierto ; y dí ¿ para quién hilan ? para sus hijos ?

—Quiá , si no los tienen ; las orugas viven solas.

—Entonces para qué hilan , para vestirse ó mantenerse.

—De vestirlas se cuida Dios , y de mantenerse ya se cuidan ellas sin hilar.

—Y no sabes para qué hilan las orugas , ¿ volvió á preguntar Elena.

—Para la otra vida , repuso el buen hombre muy formal.

—Para la otra vida ! repitió la curiosa niña dando muestras de admiración. Espígate , hombre. Mamá y abuelita me hablan mucho de la otra vida , pero es

refiriéndose á las personas , y no á los animales , que no tienen alma como nosotros.

—Yo no he dicho que las orugas tengan alma ; he dicho que trabajan para la otra vida , y vas á ver cómo es verdad. La oruga nace muy al principio de la primavera , ó mejor dicho , al finalizar el invierno , cuando apenas se hallan hojas en los árboles ; agárranse á ellos con sus patitas engarabitadas , y como no pueden casi andar , para ellas no hay juegos ni correrías ; puede asegurarse que vejetan , pero casi no viven , ó si viven , es como de paso , como quien sabe que no ha venido al mundo para gozar en esta vida , sino en la otra.

Comen , comen , sin cesar , pero no por glotonería , sino por reunir los materiales que han menester para su obra ; hacen como las hilanderas que antes de hilar su copo tienen cuidado de llenar la rueca de lino , pasando y repasando las hebras.

—¿ Y las orugas hacen ovillos para tejer las telas , ó torcer el hilo para las medias , como la tía Jacoba ?

—No , mujer , lo que hacen las orugas es una especie de capullo , casa ó sepulcro. ¡ Qué sé yo como llamarle ! Verás : escogen un sitio apartado , por ejemplo , la grieta de una pared ó el tronco de un árbol ; suspéndense de la corteza , y van tira que te tira del hilo , dando vueltas y mas vueltas , de modo que se quedan metiditas dentro del ovillo , como si estuvieran en un sepulcro ; entonces ya no se las llama orugas , se las da el nombre de *crisálidas* , que viene á ser la de una cosa sin cabeza ni piés , sin ojos ni boca , que rebulle al tocarla , y lo mismo se parece á un bicho que á una semilla , un burujo ; en fin , es una cosa fea.

—¡ Pues vaya una utilidad que sacan de su trabajo !

—Poco á poco , chiquita , no hay que juzgar tan de ligero. Su muerte , ó mejor dicho su mortaja , es un disfraz , un paso á la otra vida. Llegan los días de primavera , el sol esparce calor y vida por el universo ; entonces las *crisálidas* se abren , y las humildes orugas salen de allí convertidas en brillantes y alegres mariposas.

Qué vida entonces la suya ! ¡ Qué recompensa tan grande recibe su valor , su paciencia y humildad ! El pobre y rastrero gusano vístese de unas alas cuyos matices envidian las flores , éstas le brindan entre sus hojas el rocío y la miel.

La mariposa es libre como el viento , vaga por el azul espacio , vuela de una en otra flor , participa de los juegos de sus compañeras , luce sus galas entre una multitud de insectillos tan ligeros , tan locos , tan alegres como ella , pero mucho menos lindos , por eso ella es quien se lleva trás sí las miradas de todos. Envidianla el caracol , el escarabajo , y otros

bichos que se tenían por mas que la oruga, y eso que andaban á rastras como ella.

Pero no es eso lo mejor. Como si todo á un tiempo quisiera sonreírles y recompensarlas de sus anteriores trabajos y privaciones, las orugas bajo aquella nueva forma, tienen hijos, gozan de la dicha de ser madres.

—¿Eso es decir que las maripositas pequeñas son hijas de las grandes?

—No por cierto, grandes, pequeñas y medianas, blancas, amarillas ó abigarradas, todas son especies diversas, que viven mas ó menos tiempo. Sus hijos son unos huevecillos que ponen entre la corteza de los árboles, y después, á su tiempo se convierten los huevos en orugas, y así van sucediéndose unas generaciones á otras, y cumpliendo cada una su tarea, que recibe la misma recompensa.

—¡Válgame Dios, qué cosas! exclamó Elena. Pero lo que mas me pasma, sobre todo, es lo mucho que se parece la historia de las orugas á nuestra propia historia! Yo bien sé que nosotros somos racionales y las orugas no lo son, que nosotros tenemos alma y ellas no la tienen, que nosotros esperamos en otra vida que no tiene fin, y la segunda vida de las orugas se acaba luego.

Pero, á pesar de todo, hay cierta semejanza. ¿Verdad? Porque Mamá y abuelita me dicen: «En esta vida es necesario trabajar si queremos ser felices en la otra.»

—Sí, pichona mía, tienen razón mis buenas y queridas señoras, eso es lo que nos manda Dios á todos, exclamó el religioso veterano; trabajar, llevar con paciencia los males, y esperar que hallaremos allí arriba, lejos del mundo, el galardón prometido á los fieles que guardan y cumplen la ley de Dios.

(Arreglo.)

CAMILA AVILÉS.

LABORES.

Un tejido tan útil como lindo sirve de objeto al grabado de hoy: es de *punto de aguja*, y su dibujo, tan nuevo como caprichoso, puede servir, ejecutado con algodón fino y agujas delgadas, para gorras de noche, y con mas gruesas para cubiertas de sillones; prestándose tambien ejecutado con estambre y agujas de madera para centros de pañuelos, almohadones, etc.

Su esplicacion es como sigue:

Se pone en la aguja un número de puntos divisibles por tres:

1.^a *Vuelta*.—Toda del derecho.

2.^a—1 trab., 3 lis., y se sobrecarga el primero sobre los otros dos, 1 trab., 3 lis. sobrec., el primero sobre los dos, y lo mismo hasta el fin de la vuelta.

3.^a—Toda del revés.

4.^a—1 trab., 2 lis.; se sobrecarga la trabi-lla sobre los dos lisos, *1 trab., 3 lis. sobrecargados; el primero sobre los dos.* Se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta.

5.^a—Del revés.

6.^a—Como la segunda.

7.^a—Del revés.

8.^a—Como la 4.^a

Y se siguen por su orden estas cuatro vueltas, siempre alternadas con una del revés, hasta dar al tejido la estension necesaria.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Por lo no Armado

El Directorio Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.